

NO MATARAS
UNA VOZ EVANGELICA EN NUESTRA SITUACION

David Kapkin

De todos los cristianos es bien conocido el llamado "Sermón de la Montaña" de Jesús. La investigación crítica ha constatado que desde antes que fueran escritos los evangelios de Mateo y Lucas, ya un grupo cristiano muy primitivo, tomando los recuerdos de la predicación original de Jesús, había conformado un discurso en el cual se agrupan diferentes temas considerados por Jesús mismo. Lucas parece retener este discurso en su forma más primitiva. Lo trae en su obra entre 6,17, y 7,1, y lo sitúa no en una montaña, como Mateo, sino en una llanura. Es seguro que el evangelista Mateo conoció en una de sus fuentes el discurso en una forma muy semejante a la que tiene en Lucas, pero se decidió a ampliarlo, utilizando una serie de otras palabras de Jesús, de las cuales pudo disponer. Como se dijo, Mateo sitúa el sermón en la montaña, de donde viene el nombre con que todos los

cristianos desde la antigüedad lo denominan: "Sermón de la Montaña" (Mt. 5-7).

Uno de los lugares del sermón donde mejor puede apreciarse la labor teológica y redaccional del evangelista Mateo, lo constituye la serie de seis antítesis, que el evangelista redacta entre 5,21 y 48. Esta sección del sermón se suele llamar "las antítesis", porque en ella, en seis temas bien determinados, se presenta la posición de Jesús en relación con mandamientos de la ley divina del decálogo y con otras convicciones morales del judaísmo, basadas en la Biblia misma.

El evangelista es responsable de la introducción de todas y cada una de las seis antítesis. Emplea para ello formulaciones especiales que destacan la importancia de los mandamientos, considerados como voluntad divina: "Habéis oído que se dijo a los antiguos", "Habéis oído que se dijo": "Se dijo". En seguida, después de transcribir los mandamientos, el evangelista enfatiza la novedosa posición de Jesús, con esta invariable formulación: "Pero yo os digo". De esta manera la palabra de Jesús es presentada en el sentido profundo con que originalmente fue pronunciada: Jesús revela la auténtica y definitiva voluntad de Dios.

Mateo antepone a la serie de antítesis una frase muy significativa, en la que demuestra cómo entiende él estas expresiones de la voluntad de Dios en la palabra de Jesús. En efecto, en 5,20, esto es, inmediatamente antes de la primera antítesis, Jesús habla de la "justicia" que deben cumplir sus seguidores, la cual debe ser "más grande" que la que practican los escribas y fariseos judíos, que, se supone, cumplen los mandamientos que van a ser citados en las antítesis. Si, entonces, la justicia consiste en el cumplimiento humano de lo que Dios quiere, la auténtica justicia que deben tener los cristianos posee un nivel de exigencia y profundidad que supera inconmesurablemente lo que un judío, conocedor de la biblia, po-

día concebir como voluntad de Dios.

Tres de las seis antítesis tocan directa o indirectamente el tema "No matarás", que ha servido de título a estas consideraciones. Directamente trata de él la primera antítesis (5,21-26) e indirectamente, pero en forma más profunda y decisiva, donde la palabra de Jesús y en ella la voluntad de Dios adquiere su más poderoso acento de exigencia, desarrollan el tema las dos últimas (5,38-42 y 5,43-48).

En la primera antítesis cita Jesús textualmente el quinto mandamiento del decálogo: "No matarás". Según Mateo, Jesús va a tomar posición frente a la explícita ley de Dios y no frente a la ley de Moisés. Esto queda claro en la introducción, en la cual lo que fue dicho a los antiguos se expresa en voz pasiva, precisamente para evitar la pronunciación del nombre divino, como era costumbre piadosa entre los judíos. Fue, por tanto, Dios mismo quien dijo a los antiguos "No matarás". La posición de Jesús, que luego se va a aducir, no se refiere simplemente a una ley humana sino a la ley divina del Antiguo Testamento, considerado como palabra de Dios. Se afirma, pues, que Jesús supera la ley de la antigua alianza.

Después de citar el quinto mandamiento del decálogo, Jesús sintetiza varias prescripciones legales del judaísmo, basadas igualmente en la Biblia, en las cuales se ordena que el asesino sea sometido a juicio. Así, entonces, el Antiguo Testamento castiga solamente la acción externa, el asesinato cometido. A esto opone Jesús su nuevo mandamiento. Según Jesús no sólo debiera ser sometido a juicio quien mata, sino ya también quien se aira con su hermano. La ira merece, pues, según Jesús, el mismo castigo que se da según la ley al asesinato.

Para Jesús es decisiva no simplemente la acción exterior sino la actitud interior. La exigencia de la voluntad de Dios toca, no simplemente, lo que el hombre hace sino lo que el hombre siente.

La justicia y la rectitud del hombre delante de Dios no se miden simplemente por la acción hecha sino por el profundo sentimiento del alma. La pureza y la bondad se reflejan fuera, pero vienen de adentro. De igual manera, la maldad y la injusticia se cumplen en hechos, pero anidan en la intimidad del corazón. En este caso concreto, entonces, la ira contra el hermano constituye ya un crimen. La voluntad de Dios como evangelio no sólo tiende a purificar las acciones del hombre sino que le ofrece y otorga una nueva y limpia intimidad personal, un nuevo corazón.

La antítesis de Jesús mezcla claramente dos niveles de la realidad: lo ético y lo jurídico. A lo ético corresponde el mandato "No matarás", así como también la tremenda exigencia de Jesús que equipara la ira con el asesinato. Lo jurídico se expresa en la disposición legal de entregar el asesino al juicio del tribunal y por ende también, según Jesús, en la certidumbre de que la ira merece el mismo castigo que el crimen cumplido. Así lo jurídico no sirve según la palabra de Jesús sino para recalcar la gravedad moral de la ira del hombre contra su hermano.

Parece haber sido el propio evangelista Mateo el que añadió los elementos siguientes del texto. En ellos se destaca la gravedad progresiva de diferentes insultos, cuyo sentido no alcanza a ser bien claro para nosotros. Mateo, siguiendo la intuición de Jesús, los considera tan serios, que merecen ser condenados por la instancia jurídica superior del judaísmo (el Gran Consejo) y finalmente por el mismo juicio divino.

También las dos palabras finales de Jesús que son añadidas por el evangelista aquí, provienen de otros contextos. Por razón de la indispensable brevedad de este trabajo, no me es posible explicarlas ahora. Baste saber que la semejanza temática conduce a Mateo a incorporarlas a la antítesis.

En la hora presente en que vivimos matar se ha vuelto de diaria ocurrencia. Si, pues, lo que Jesús

considera de todos conocido, el mandamiento divino "No matarás", se conculca entre nosotros con una implacable regularidad que tiene a nuestro pueblo aterrizado y desolado, ¿qué habría que decir de la exigencia peculiar de Jesús, que penetra hasta los más íntimos sentimientos del alma?

Una incalculable hipocresía se ha convertido en el signo distinto de nuestra realidad política y social. Entre nosotros odian y matan por igual las llamadas derecha e izquierda. Tal vez lo peor de la situación, según mi parecer, consiste en que cada una justifica su insensato proceder. Factores simplemente ideológicos de lado y lado están sumiendo la nación en un clima de odio irreconciliable y en un baño de sangre que no tendrá fin hasta que todos nos despojemos de la máscara que nos mantiene enceguecidos.

Partidarios del sistema, que a pesar de sus promesas y reiterados propósitos poco o nada han hecho para reformarse a sí mismos, han adoptado el método del asesinato vil y despiadado de los que pregonan que las cosas debieran ser de otra manera. Por eso cayeron inmisericordemente los doctores Abad Gómez y Pardo Leal, para no mencionar sino a las dos quizá más connotadas y conocidas víctimas de la alevosía generalizada de los últimos años. Pero al lado de ellos, antes y después de ellos, han caído otros centenares de colombianos, cuyo delito decisivo fue pensar según sus convicciones y promoverlas. El presidente de la República en una reciente alocución televisiva tal vez alcanzó a señalar y denunciar la razón profunda de estos lamentables hechos. Según él, algunos piensan que deben "hacer justicia" por sí mismos. Entonces se supone que el asesinato es un ajusticiamiento. Se busca defender nuestra democracia matando a los que por propios motivos parecen querer hacerla vacilar. Por encima de todo prejuicio ideológico un cristiano está obligado a decir que este implacable proceder es simple y llanamente matar, asesinar, y para nada puede ufanarse de justicia. Por el Evangelio esta conducta no es otra cosa que una serie de



crímenes perpetrados por estos oscuros esbirros de la muerte.

Los que están en contra del sistema en forma radical y violenta han desarrollado desde hace más de veinte años la metodología del asesinato sistemático. Aparte de todos los motivos que puedan explicar el fenómeno guerrillero que ha atormentado al país durante décadas, una voz evangélica está obligada a hablar aquí también de asesinato. Innumerables campesinos, ellos sí innominados y desconocidos para la ya casi indiferente opinión pública, han caído y siguen cayendo, víctimas de las armas asesinas. Para ellos no se han aducido "los derechos humanos"; ellos, que sí son pueblo en el sentido más fuerte de la palabra, han caído por acción de los que se glorian de ser defensores del pueblo; para ellos no vale el grito dolorido y rabioso de las muchedumbres que, congregadas estos días, proclaman con razón su no a la muerte y su sí a la vida. Precisamente a la misma hora que eran conducidos al cementerio los depojos mortales del doctor Pardo Leal y el pueblo en doliente cortejo entonaba un cántico a la vida, varios campesinos de la región de la Sierra Nevada sucumbían como víctimas de las balas y machetes asesinos de los que presumiblemente comparten las ideas sociales del caudillo vilmente masacrado. La ideología, también en este caso, todo lo permite. El asesinato ha recibido el nombre hipócrita y perverso de "ajusticiamiento".

No resulta, pues, difícil pronunciar ahora una voz evangélica en la situación. Ni siquiera a la voluntad de Dios manifiesta en el mandamiento antiguo "No matarás" le estamos haciendo justicia; ¿qué decir del pronunciamiento peculiar de Jesús, que descubre como auténtica y profunda voluntad divina, el apartar toda ira, todo rencor, todo deseo de desquite en el interior del hombre? Estamos infinitamente lejos de la verdad del cristianismo y así de "la justicia más grande", que nos debe distinguir en medio de la humanidad.

Estas reflexiones no pueden terminar sin una

breve referencia a las dos antítesis finales de Jesús, a las que ya se ha aludido. Constituyen ellas el paroxismo radical de la que podríamos llamar ética de Jesús. Frente a ellas el espíritu humano se siente desafiado hasta el máximo. La inmensa envergadura de nuestro egoísmo, que busca y halla también él razones ideológicas para permitirse la venganza y el odio en nombre de la dignidad humana, de la madurez de la personalidad, de la fortaleza de carácter y hasta de la justicia misma, se ve desenmascarada y juzgada en su verdadera realidad.

No puedo entrar en los pormenores de los textos, dada su complejidad y la ya aducida indispensable brevedad. En la quinta antítesis (5,38-42), con las formulaciones típicas antes mencionadas, el evangelista opone a la llamada "ley del talión" ("ojo por ojo, diente por diente"), la manifiesta voluntad de Dios revelada por Jesús, que excluye radicalmente todo desquite y venganza. La ley del talión implica que el hombre debe pagar a sus semejantes con la misma moneda que él recibe de ellos. Así se establece la medida de la presunta justicia humana. Aún después de escuchar a Jesús y con el atrevimiento de llamarnos cristianos, esta implacable medida de la justicia es empleada por nosotros en cada hora. Por eso abundamos en insultos y denuestos contra nuestros semejantes por el menor motivo. El vilipendio y la ofensa, expresados a menudo en las formas más soeces, han llegado a ser expresión corriente de nuestro pueblo, la cual ha podido ser denominada por algunos manifestación de "la cultura" popular. La formación de la niñez y la juventud recurre inadvertidamente a la ley del talión, cuando hasta los mismos padres de familia recomiendan a sus hijos: "si te dan, da; si te pegan, pega; no dejes que nadie abuse de ti". Estamos echando el cimiento de la violencia y ahora nos dolemos de los males que en virtud de ella nos aquejan.

Escuchar a Jesús basta para desenmascarar esta errada justicia humana: "Pero yo os digo: No hagáis frente al que os hace mal; al contrario, si alguien

te golpea en la mejilla derecha, preséntale también la otra; al que quiera hacerte un juicio para quitarte la túnica, déjale también el manto". ¿No es cierto, amable lector cristiano, que usted mismo ha sentido el desafío terrible de estas tremendas palabras? ¿No es cierto que su intimidación se resiste a aceptar esta revolucionaria e inédita versión de la justicia? Ahí ha descubierto usted mismo qué tan lejos está de Jesús y de la auténtica voluntad de Dios. Hasta en nosotros, hombres de iglesia, se dan sutiles y sofisticadas formas de desquite. Y osamos fundamentarlas en no sé qué motivos y hasta presentarlas como implicaciones eclesiales y evangélicas. El camino cristiano es de nunca acabar. Aún más siempre está por empezar.

La sexta y última antítesis (5,43-48) es la coronación de la ética de Jesús. De nuevo con las formulaciones introductorias acostumbradas, transmite el evangelista la palabra de Jesús acerca del amor al enemigo. Creo que el desafío definitivo que esto entraña para el espíritu humano no requiere ser ponderado. Por eso puedo terminar estas líneas con las motivaciones del amor al enemigo, que señala Jesús. La mirada de Jesús se remonta hasta la bondad de Dios mismo. Con expresiones de inefable belleza habla Jesús del sol que resplandeciente ilumina todos los días a todos los hombres sin distinción; de la lluvia bienhechora que empapa la tierra de todos los hombres sin diferencia. El amor de Dios, que no hace distinciones, que equipara a buenos y malos, que iguala a justos e injustos, es poéticamente insinuado por el testigo sol y la testigo lluvia, revelaciones inequívocas de una bondad y de una generosidad insondables. Así Dios mismo en su amor es presentado como el auténtico modelo del hombre. Esa es la admirable vocación del hombre, representar a Dios. Ya Israel lo había dicho en uno de sus relatos de la creación. Ahora lo afirma Jesús, el hombre testigo singular e insuperable de Dios, como Hijo de su Padre, con la inaudita profundidad que sólo a él le otorga el hecho de ser aquel que procede del amor de Dios y lo implante irrevocablemente en medio del mundo. Por eso puede

terminar Mateo esta última antítesis con una anotación de su propio peculio, en la cual exige a los cristianos ser perfectos, como Dios su Padre celestial es perfecto. La perfección de Dios es un amor universal y totalmente desinteresado. Este poderoso llamamiento resuena en los oídos y penetra en el corazón de todo el que verdaderamente se decida a ser cristiano.